

Máximo Gómez. La imposible desintegración de un Libertador. Respuesta a dos calumnias históricas¹

Francisco Alberto Henríquez Vásquez

Tuvo razón el distinguido periodista José Rafael Sosa, cuando al final de su artículo “Máximo Gómez Integral”, publicado el pasado 22 de diciembre en *El Nacional de ¡Ahora!* estampó este concepto consciente o inconsciente, según el grado de conocimiento que tenga de la historia de Cuba: “Habrá que esperar respuestas”.

Y efectivamente, por lo menos mi respuesta, le va a llegar larga y tendida, contundente y definitiva, no dirigida precisamente a él, sino a los autores que recoge en el trabajo que estamos respondiendo.

Pero antes de entrar en materia, haré varias observaciones dirigidas en gran parte a obtener de José Rafael Sosa y de los numerosos lectores de *El Nacional de ¡Ahora!* una

1. Este trabajo fue una respuesta que dio Francisco A. Henríquez Vásquez a un artículo del periodista José Rafael Sosa, titulado “Máximo Gómez Integral”, publicado en el vespertino *El Nacional de ¡Ahora!*, p. 30-A-1, del 22 de diciembre de 1985, porque consideró que incurrió en graves calumnias contra el Generalísimo. Dicha respuesta fue publicada consecutivamente en tres partes en el mismo diario los días 17, 18 y 19 de enero de 1986, en las páginas 14, 18 y 14, respectivamente y también fue recopilado en la obra de Emilio Cordero Michel, *Máximo Gómez. A cien años de su fallecimiento*, publicada en Santo Domingo, Editora Búho, 2005, pp. 233-246 (Archivo General de la Nación, Vol. XIX).



mejor comprensión de mis puntos de vista sobre el tema y la naturaleza de mi respuesta.

Soy devoto y rindo culto a la figura histórica de Máximo Gómez, casi con la misma intensidad con que venero la de Juan Pablo Duarte, porque considero que de los varones nacidos en esta tierra, fueron ellos los que alcanzaron las más altas instancias de perfección humana.

A ambos, aunque si no por idénticos motivos por parecidas causas, los abatió la común desgracia de tener que vivir largos años lejos de su patria amada. Ambos fueron clavados en la cruz y marcados por el INRI infamante, no por los enemigos de la libertad, sino por aquellos a quienes dieron la libertad. Ambos, ante sus detractores, se yerguen impasibles, dispuesto a los mayores sacrificios, pero sin ceder un ápice de los principios que juraron defender ante el pueblo soberano.

Duarte, cuando llegó a Saint-Thomas, después de ser declarado traidor y expulsado a Europa, escribió:

“Me encontré rodeado de consejeros. Todos pensaban en sus intereses; ninguno los de la Patria. Mi negativa me atrajo muchas malas voluntades de las que más tarde sufrí las consecuencias”.

Después, cuando los verdaderos traidores celebraron el primer aniversario de la fundación de la República, fusilando a María Trinidad Sánchez y sus compañeros de martirio, llegó a la dolorosa conclusión de que, por lo menos él, no podía convalidar el crimen, aceptando una amnistía de un Gobierno colocado fuera de la ley, y tomó la más heroica y dolorosa de las decisiones: el extrañamiento perpetuo de la patria.

Gómez, cuando los asambleístas del Cerro, ante su negativa de apoyar el empréstito leonino de Cohén, lo destituyeron del cargo de Jefe del Ejército Libertador, amenazando fusilarlo o

expulsarlo por extranjero indeseable, escribió su *Manifiesto al País y al Ejército*, donde entre otras cosas dijo:

“Extranjero como soy, no he venido a este pueblo ayudándolo a defender su causa de justicia, como un soldado mercenario; y, por eso, desde que el poder opresor abandonó esta tierra y dejó libre al cubano, volví la espada y la vaina (...). Nada se me debe y me retiro contento y satisfecho de haber hecho cuanto he podido en beneficio de mis hermanos (...).”

Y decretó así su ostracismo en la vida pública, rechazando la presidencia de la República, que nadie le hubiera podido disputar.

Debo señalar que la publicación de la tesis que el señor José Rafael Sosa adjudica al historiador Julio Le Riverand en el artículo que comento, no fue una sorpresa para mí; sino por el contrario la esperaba; después que días antes –tal vez más de un mes– otra tesis igualmente peregrina sobre el Libertador de Cuba, apareció publicada en la prensa local: *“Máximo Gómez había sido anexionista por ser un seguidor del General Pedro Santana”*; es decir: el héroe de Palo Seco, Las Guásimas y Coliseo, durante sus años mozos había sido santanista y anexionista.

Las dos tesis, desde luego, tienden a complementarse, no obstante referirse a acontecimientos distanciados 45 largos años uno de otro. Aclararé los conceptos que acabo de exponer. Esas dos tesis, tienden a complementarse, porque ambas, actuando en la misma dirección, disminuyen y rebajan hasta la desintegración, la figura egregia del último Libertador Americano. El argumento es sencillo y no admite ningún tipo de rejuogo retórico, como paso a demostrar.

Un individuo que en su juventud, por seguir a un caudillo, peleó en contra de los intereses de su patria y que, además,



después de pelear durante 15 años por la independencia de otro pueblo hermano, cuando ya cifraba los 70 años, convino en licenciar el arma de combate que el mismo forjó en la lucha por la libertad de Cuba, para entregarla a la voracidad del imperialismo yanqui, atada de pies y manos por no contar con ese Ejército Libertador que hubiera podido defenderla de sus nuevos opresores; ese personaje, repito, cuya vida apareció atrapada entre esos dos polos de ignominia, no merece el título de Libertador, porque tan pronto la levantamos para mirarlo de frente, se deshace entre nuestras manos hecha añicos.

El infundio de que Máximo Gómez fue el culpable del licenciamiento del Ejército Libertador de Cuba y que, por lo tanto, debe ser considerado responsable principal del rápido dominio adquirido por los Estados Unidos sobre la isla, tanto en lo político como en lo económico, por privar a la naciente República de la única fuerza que hubiera podido enfrentar esa dominación, no es de Julio Le Riverand, aunque dicho historiador la haya incluido en su libro *La República*.

La referida tesis apareció por primera vez en la revista *Fundamentos*, órgano teórico del Partido Socialista Popular (PSP), durante los primeros años del triunfo de la Revolución –1962 ó 1963– época en que todavía las tres organizaciones que habían actuado más directamente en la derrota de la dictadura batistiana, no se habían fundido en el actual Partido Comunista.

Puedo dar este testimonio, porque entonces ocupaba el cargo de Referencia del Fondo Cubano en la Biblioteca Nacional José Martí, en La Habana. Así como puedo afirmar que entre sus autores figuraban Carlos Rafael Rodríguez y Sergio Aguirre.

Pero ¿realmente se trató en los casos de ambas tesis de probar de manera fehaciente e incontrovertible que en su juventud Máximo Gómez fue santanista y anexionista y en su gloriosa ancianidad entregó la tierra que libertó con tantos sacrificios, maniatada a las apetencias imperiales de Washington? ¿Lo creían o lo creen sus autores? No lo creo así, sino todo lo contrario; creo que en ambos casos, como tantas veces sucedió mientras vivió y luchó por los humildes y desamparados de este mundo, aquel guerrero de talla sobrehumana, como lo describe Souza, mucho tiempo después de muerto, siguió siendo víctima de su propia grandeza.

Y precisamente por eso, porque en ninguno de los dos casos se ve la posibilidad más remota de sacar valederos tan mezquinos argumentos, tengo que apelar a los más recónditos mecanismos de la psiquis humana para explicar lo sucedido. Veamos los posibles mecanismos mentales a que hago referencia:

A) *“Si Máximo Gómez por ser partidario del tirano Pedro Santana, apoyó la anexión a España, nada importa que yo me haya deshecho en elogios al tirano Rafael Trujillo. Él, como yo, borramos ese pasado con nuestros posteriores actos de grandeza”.*

B) *“Máximo Gómez fue el caudillo militar de nuestras dos guerras de independencia, pero no supo enfrentar el imperialismo yanqui, impidiendo que el Ejército Libertador fuera licenciado, constituyéndose así en el gran culpable de que la República naciera mediatizada. Nuestro actual caudillo militar, al enfrentar y vencer el imperialismo yanqui, es quien realmente merece el título de Libertador de Cuba”.*

Desde luego que los planteamientos hechos por el distinguido periodista José Rafael Sosa en su artículo *Máximo*



Gómez Integral, ni remotamente contienen los elementos de dudosa integridad: egolatría y adulonería, que señalé en la parte final de mi artículo anterior, como ingredientes básicos de las dos tesis que voy a desenmascarar y a destruir. Todo lo contrario: reconozco que su intención no fue otra que presentar, tal como lo leyó en el libro ya mencionado de Julio Le Riverand, otra faceta, para él oculta de Máximo Gómez; faceta que, como es fácil de observar y expuse aquí, aunque de viejo conocida por todos, tiende a reducir, degradar y desintegrar la egregia figura del Libertador de Cuba.

Esa, repito, no parece haber sido la intención del distinguido periodista; pero de todas maneras, lo importante ahora es destacar que todo el andamiaje de su artículo, desde sus puntales al tope, descansa sobre falsas premisas históricas, construidas a su vez con hechos y acontecimientos falsos o distorsionados, como paso a probar, comentando ahora los primeros párrafos de su trabajo que dicen así:

“Se ha producido en el país un importante movimiento para rescatar la obra y la memoria de Máximo Gómez con motivo del 150 aniversario de su nacimiento (...). Y creo que ese movimiento es importante por cuanto nos destaca el patriótico trabajo de un hombre que entendió, en buena parte de su vida, el sentido más pleno del internacionalismo (...) Y así mismo pienso que debemos llevar a las generaciones de hoy la imagen de un Máximo Gómez histórico pero integral (...). De Máximo Gómez se conoce esencialmente el período de su lucha contra los españoles, a los cuales enfrentó con una maestría militar sin parragón en la historia de las artes militares. Jamás perdió un combate frente a ellos. Supo destacar con astucia poco frecuente en la táctica acertada con la estrategia mejor planeada (...). Pero hay un Máximo Gómez poco conocido:

el Máximo Gómez del período que sigue a la salida de los españoles de Cuba y que da el pie para la ocupación militar norteamericana de la isla caribeña”.

Lo primero que debo decirle al distinguido periodista, autor de esos párrafos, es que aquí en Santo Domingo –entendido como país–, Patria de la que jamás adjuró el insigne banilejo, no hay que “*recatar su obra y su memoria*”, porque en ninguna época su figura ha sido detractada, calumniada u olvidada por los dominicanos, siempre orgullosos de que el forjador y Comandante en Jefe del Ejército Libertador de la Patria de José Martí, nunca negó ni ocultó su nacionalidad. Recordemos el vibrante discurso de Eugenio Deschamps, cuando al saludar al legendario personaje que volvía al lar nativo, orlada la frente con el laurel de la victoria y el corazón cargado de desengaños, exclamó en un arranque de patriótico entusiasmo: “*¡La epopeya no había muerto...!*”.

No, el Comité que se ha formado y trabaja ya aquí, para organizar los festejos del 150° aniversario del nacimiento de Máximo Gómez, no tiene que rescatar ante las generaciones de hoy su formidable figura de combatiente revolucionario y ciudadano; sino retomar el hilo de una ingente labor y realizada por la pléyade de intelectuales dominicanos que desde finales del pasado siglo y comienzos de éste, al tiempo que ayudaron eficazmente a la causa de la Independencia de Cuba, sembraron bien hondo en el corazón de este pueblo, junto con el culto a José Martí, la admiración y el cariño por quien, al realizar su sueño de libertar a Cuba, recibió en premio, como se lo había vaticinado el Apóstol en carta memorable, no “*la probable ingratitud de los hombres*”, sino la paga mezquina del insulto, la calumnia y el desprecio, como bien lo atestigua la obra que sirvió de inspiración al artículo de José Rafael Sosa.



En Cuba es otro el cantar. Quien suscribe estas líneas en defensa del invencible “Viejo Chino”, cuya espada dio la libertad de Cuba, conoce la isla hermana, casi palmo a palmo, desde Baracoa, Maisí y Caitiquirí, pequeño puerto próximo a Playitas de memorable recuerdo, hasta Remate de Guanés, Las Martinas y Puerto Cortés; y, además, conoce su historia también palmo a palmo, no solamente la colonial, la de sus dos Guerras de Independencia y la Republicana –cuya mediatización no fue culpa de Máximo Gómez–, tanto como los hechos de la anterior Revolución –la que según expresión de Raúl Roa en *Bufa Subversiva*, “*se fue a bolina*”,² y los de ésta triunfante a partir del 1ro. de enero de 1959, cuyas generaciones jóvenes, afortunadamente han comenzado ya la tarea de reivindicar ante el pueblo cubano, la legendaria figura del vencedor de Venta del Pino, la Sacra y el Cafetal González.

Pues bien, yo puedo asegurarle José Rafael Sosa, que no una, sino cientos de veces; no en uno sino en decenas de sitios; no frente a guajiros ignaros, sino frente a personas cultas, me ví precisado a rebatir la mendaz afirmación de que Máximo Gómez había sido el autor directo de la muerte de Martí en Dos Ríos y de la caída de Maceo en Punta Brava. Pero que nadie se espante de tamaña infamia: ¿no lo acusaron también de ser el causante de la derrota que condujo al Pacto del Zanjón y de haber recibido fuerte suma de dinero, entregada por Martínez Campos en pago a su traición?

Tampoco estoy de acuerdo con José Rafael Sosa, cuando da su aprobación a los trabajos destinados a conmemorar el 150° aniversario del nacimiento del héroe por tratarse de “*un hombre que entendió, en buena parte de su vida, el sentido más pleno del internacionalismo*”, concepto que trasluce desgano, limitación

2. Equivale a decir ¡se fue al carajo!



y hasta cierta ojeriza, todo girando en torno a un parcelado internacionalismo, como sustituto de las virtudes capitales que hicieron de Máximo Gómez el genio de la guerra y el forjador de la Independencia de Cuba: su pasión por la Justicia, su integridad revolucionaria y el amor a la humanidad, entendida ésta por la suma de humildes y explotados de este mundo.

Ahí es donde hay que buscar al Máximo Gómez integral a que hace referencia José Rafael Sosa, no en fuentes inficionadas de torpe xenofobia, como la que utilizó para escribir su “Máximo Gómez Integral”. Afortunadamente, como en los casos de otros grandes capitanes de la historia el insigne banilejo, además de no tener “pelos en la lengua”, sabía manejar la péndola, casi con la misma destreza que el machete redentor. Aportaré algunas pruebas, a un riesgo de que, por razones de espacio, interrumpa momentáneamente los comentarios que vengo haciendo.

Al llegar a Jamaica –después del Convenio del Zanjón– y comprobar que era el blanco de la más infame de las calumnias, cuando toda la emigración le volvía las espaldas, dice Benigno Souza:

“Cuando se maldecía al vil extranjero que había vendido a Cuba por dinero, cuando se afirmaba por alguno haber visto las onzas de oro, precio de su traición, en ese momento, para que no se muriesen de hambre, literalmente, su heroica mujer y sus tres hijitos, nacidos en la manigua marcial y entre el humo de los combates, él se ajustaba como peón en la finca de un judío inglés de los alrededores de Kingston”.

Y prosigue más adelante Souza:

“Pero nada pudo abatir en su miseria a aquel espíritu indomable y, celoso siempre de su honra, durante las noches, venciendo la fatiga, y muchas en papel de estraza escribió



su lapidario folleto: “La Paz del Zanjón”, donde establece con hechos notorios y lógica inexorable, la verdad de los sucesos”.³

Al llevar la guerra a Occidente, cuando la tea inició la obra destructora y La Habana se vio rodeada por un cinturón de fuego, escribió su famosa carta al coronel Andrés Moreno, auténtico Manifiesto que revela el temple revolucionario de Gómez, donde entre otras cosas dijo:

*“Cuando llegué al fondo, cuando puse mi mano en el corazón adolorido del pueblo trabajador y lo sentí herido de tristeza, cuando palpé al lado de toda aquella opulencia, alrededor de toda aquella asombrosa riqueza, tanta miseria material y tanta pobreza moral; cuando todo esto vi en la casa del colono, y me lo encontré embrutecido para ser engañado, con su mujer y sus hijitos cubiertos de andrajos y viviendo en una pobre choza, plantada en la tierra ajena, cuando pregunté por la escuela y se me contestó que no la había habido nunca, y cuando entramos en pueblos como Alquizar, Ceiba del Agua, El Caimito, Hoyo Colorado, Vereda Nueva, Tapaste y cincuenta más, no vi absolutamente nada que acusara ni cultura ni aseo moral, ni pueblos limpios, ni riquezas limpias, ni vida acomodada, y nos recibían del brazo del Alcalde y el Cura; entonces yo me sentí indignado y profundamente predispuesto en contra de las clases elevadas del país, y en un instante de coraje, a la vista de tan marcado como triste y doloroso desequilibrio, exclamé: ¡Bendita sea la tea!”*⁴

3. Souza, Benigno. *Máximo Gómez. El Generalísimo*. La Habana, Editorial Trópico, 1936, p. 110.
4. Gómez, Máximo. “Carta al Coronel Andrés Moreno, Sancti-Spiritus, 6 de febrero de 1897”. En Máximo Gómez. *El Viejo Eduá y Otros*

Pero para qué continuar ahora, ya habrá oportunidad de brindar, trazo a trazo, la auténtica silueta integral del invicto hijo de Baní, tarea a la que mucho puede ayudar el párrafo siguiente de una carta dirigida por él a Sotero Figueroa, precisamente en la época en que el general Wood, tan destacado en el artículo de José Rafael Sosa, mandaba en Cuba. Dice así:

*“Nunca, ni cuando combatíamos a Weyler con sus 250,000 soldados, corrió mayores peligros la patria cubana; como en estos momentos. Tenemos al extranjero metido en casa... La mayor cantidad de Independencia que pueda recabar la futura República de Cuba se consolidará cada día más por la seriedad, la cultura y la riqueza...”*⁵

Leyéndolo le salta a uno la idea de que Máximo Gómez conoció a Julio Le Riverand y compartes, ¡varias décadas antes de que nacieran!

La gran tragedia de los calumniadores de Máximo Gómez en todas las épocas –desgracia sería la palabra adecuada–, consiste en que el vencedor de Arsenio Martínez Campos y burlador de Valeriano Weyler, como sucede con el granito y con el bronce, materiales utilizados por la historia para tallar su epónima figura de Libertador, no presenta fisura alguna que merme su grandeza. Hago la anterior afirmación pensando sobre todo en las dos plagas que en la realidad de los hechos, frustraron la Guerra de los Diez Años y lograron que la primera República de Cuba, luego de corta pero mortal contienda, naciera baldada por la injerencia de los Estados Unidos de Norteamérica: el racismo y el regionalismo.

Escritos, Santo Domingo, Editora Cosmos, s/f, pp. 98-99 (Colección Tiempo Histórico).

5. Benigno Souza. Ob. cit, p.286.



En esos dos males, verdaderos culpables de ambos desastres, causas verdaderas de esos dos fracasos, es que han debido centrar sus investigaciones y sus denuncias, Julio Le Riverand y los autores de la tesis que estoy impugnando. Pero como por ahí no se podía atacar al “Chino Viejo” de la leyenda heroica, como no podían acusarlo de una cosa ni de la otra para poderlo convertir, nueva vez, en chivo expiatorio de errores que otros cometieron, dan un salto mortal por encima de los acontecimientos que condujeron, no al licenciamiento del Ejército Libertador, sino a su disolución, mucho antes de la voladura del acorazado *Maine* en la Bahía de La Habana; disolución provocada por la deposición de José Maceo del mando de Oriente y su muerte en la Loma del Gato; por la negativa del Gobierno a enviar refuerzos a Antonio Maceo a Occidente y su caída en Punta Brava; por la sumisión incondicional –ordenada por ese mismo Gobierno– de Calixto García a los mandos de las tropas desembarcadas en Ciboney; por las intrigas y hostilidad de ese Gobierno hacia Gómez y su rechazo al Plan de Campaña del Generalísimo, destinado a mantener movilizado el Ejército Libertador, frente a lo que muy pronto cobró perfiles de una nueva invasión extranjera, mientras se producían a sus espaldas y a las de Antonio Maceo, fracasos espectaculares, como los de La Zanja y Sagua de Tánamo.

En el año 1896, cuando todavía Weyler, desangrado se mantenía en pie, Máximo Gómez, dictó a Fermín Valdez Domínguez mientras se encontraba en Minas de Camasán, la siguiente explicación sobre la causa fundamental que lo llevó a combatir por la independencia de Cuba:

“Muy pronto me sentí unido al ser que más sufría en Cuba y sobre el cual pesaba tan gran desgracia: el negro esclavo (...) Luego mis negocios de madera y otros, me llevaron a distintos



ingenios y en uno de ellos vi por primera vez, cuando con un látigo se castigaba, sin compasión, a un pobre negro, atado a un poste, en el batey de la finca y delante de toda la dotación del ingenio. No pude dormir aquella noche y me parecía aquel negro uno de los muchos que aprendí a amar y respetar al lado de mis padres (...). Por mis relaciones con cubanos entré en la conspiración, pero yo fui a la guerra llevado por aquellos recuerdos a pelear por la libertad del negro esclavo. Luego fue mi unión contra lo que se puede llamar esclavitud blanca, y fundí en mi voluntad las dos ideas y a ellas consagré mi vida; pero, a pesar de los años que han pasado, no puedo olvidar que acepté al principio la Revolución para buscar en ella la libertad del negro esclavo.”⁶

Después de ser depuesto por la Asamblea del Cerro, mientras residía en su humilde casa de Calabazar, estampó al margen de un ejemplar del *Diario de la Guerra* del Jefe de su Estado Mayor, Bernabé Boza, estos pensamientos que dan una idea de la dura brega librada, entre otros males, contra el regionalismo, al tiempo que forjaba la poderosa fuerza militar que derrotó a España:

“Cuando escribí yo también todas estas cosas, al color de los combates librados por al libertad de este pueblo, incautamente creí, que conocía al mundo... Desgraciadamente, no fue así. Los hombres en ningún tiempo dejaron de ser muchachos crecidos... ¡Cuántos cambios y mudanzas he podido anotar durante todo el tiempo que he servido los intereses de este país! Por fortuna mía, para no llegar al desencanto, he podido sobrevivir encaramándome por sobre los escombros de mi accidentada existencia... Amigos, que no tuvieron tiempo

6. *Ibidem*, pp. 32-33.



de serme desleales, porque las balas españolas los arrancaron de mi lado, mujeres, indiferentes ante su bella historia... En este libro que leo anoto la censura de muchos de mis actos revolucionarios..., como si las revoluciones no fueran todas ellas arbitrarias, y cabe preguntar aquí: ¿se hubiera conocido la victoria final sin la invasión a las comarcas occidentales? Y ¿se hubiera efectuado ese gran movimiento por un general cubano, por más valiente que fuera, predominado en todos ellos el espíritu del localismo? Los hombres de aquellos días, de grandes dudas, saben muy bien, cuánto costó mover a Maceo de Oriente y el trastorno que nos causó para ello el general Bartolomé Masó. Esa es la Historia... ”.⁷

Pero lo que jamás pudo soñar el glorioso soldado que durante 30 años de lucha y 15 de incesantes combates, trazó pautas de entereza y dignidad a un pueblo en armas, mientras forjaba en sus hijos más humildes las falanges que sembraron la derrota y el espanto en un ejército cien veces superior en hombres y armamentos; lo que nunca pudo avizorar en el lejano futuro, no obstante la mirada de escrutinio de que nos habla Benigno Souza; lo que no pudo prever, no ya “*encaramado sobre los escombros de su accidentada existencia*”, todavía vivo, sino desde el túmulo en que descansan sus gloriosos restos, fue que al cumplirse 150 años de su venida a este mundo que un día “*incautamente creyó conocer*”, hubiera entre sus paisanos dominicanos quienes negaran “*esa Historia*” por él señalada como verdadera, imputándole actos de indecorosa debilidad que cometió y militancias culpables que no tuvo, porque de haberlas cometido y de haberlas tenido, honrado a carta cabal, como era, jamás los hubiera silenciado.

7. *Ibidem*, pp. 298-299.



Sobre la primera acusación, contenida en el párrafo que José Rafael Sosa extrajo de *La República* de Julio Le Riverand, vuelvo a reproducir:

*“Pero hay un Máximo Gómez poco conocido: el Máximo Gómez del período que sigue a la salida de los españoles de Cuba y que da el pie para la ocupación militar norteamericana de la isla caribeña”, dice Benigno Souza: “vinieron enseguida el armisticio, la rendición de España y un período pleno de incertidumbre, que el General despejó con su decoro, con su hosca actitud, la cual obligó a McKinley a enviarle a Portes y Quezada con las seguridades de la próxima independencia, en cuanto estuviera organizado el país”.*⁸

Y es Ramón Infiesta, quien brinda la negativa más rotunda a tan disparatada como insidiosa especie, cuando después de explicar la forma en que fue ignorado el Plan de Campaña de Gómez, señala:

*“Nada de eso se lleva a efecto. Los americanos prefieren rendir a Cuba por sitio, y la bloquean. En oriente, Calixto García, por disposición del Consejo de Gobierno, se pone a las órdenes del general Miles. Con ello, la guerra se espera en torno a Santiago de Cuba y se deshace en el resto de la Isla. Gómez se cree abandonado. **“El puesto que yo ocupaba no existe ya. Está suprimido de hecho por el Gobierno de la Revolución. El cargo de General en jefe supone el derecho de mandar y mover las fuerzas de un ejército de acuerdo con un plan determinado...”** dice a los militares que lo visitan”.*

En el fondo lamenta el desvanecimiento de su sueño de guerrero. El Ayacucho cubano, que la mañana radiante de “Lázaro López” prometiera a los invasores, se disipará en el

8. *Ibidem*, pp. 287-288.



horror callado de un bloqueo, y Cuba llegará a la independencia “no entre el humo rojizo del incendio y el estrépito de la fusilería, sino por la miseria de las guarniciones enflaquecidas y el hambre de las mujeres y niños”.⁹

La otra versión: la de que Máximo Gómez fue anexionista por ser un seguidor de Pedro Santana, no causa indignación sino más bien pena, porque basta leer el *Pronunciamiento de la Común de Bani, celebrado el día 17 de marzo de 1862*, para comprobar que el hombre del futuro Libertador de Cuba no aparece entre las cientos y tantas firmas que dieron su apoyo al acto inconsulto de S. E. el General Libertador, Pedro Santana, título trocado a poco por el del Marqués de Las Carreras. Ese documento de adhesión, publicado por el Lic. Emilio Rodríguez Demorizi en otra de sus importantes obras de recopilación, *Bani y la novela de Billini*, contiene una nota al pie de enorme trascendencia polémica que gira alrededor de la figura del general Pedro Florentino.

Por eso sugerimos que este tema, cuyo simple enunciado liga y contrapone a muchos guerreros de renombre, tanto dominicanos como españoles y cubanos, alrededor del machete y de la tea como armas de combate, debe ser objeto de uno de los tantos paneles que se celebrarán con motivo del 150 aniversario del nacimiento de Máximo Gómez, donde tal vez –cosa que dudamos– sea presentada la prueba de que el último de nuestros Libertadores, fue seguidor incondicional del Marqués de Las Carreras.

9. Infiesta, Ramón. *Máximo Gómez*. La Habana, Cuba, Imprenta El Siglo XX, 1937, p. 204 (Academia de la Historia de Cuba).

